

UNA DOBLE FAMILIA

A la señora condesa Louise de Türheim, como una prueba del recuerdo y del respeto afectuoso de su humilde servidor

DE BALZAC

La calle del Tourniquet-Saint-Jean, que era poco ha una de las más tortuosas y de las más oscuras del viejo barrio que rodea el Hôtel de Ville, serpenteaba a lo largo de los jardincillos de la prefectura de París y venía a desembocar en la calle del Martroi, precisamente en el ángulo de un viejo muro ahora derribado. En aquel lugar se veía el molinete (*tourniquet*) al que la calle debe su nombre, y que no fue destruido hasta 1823, cuando el municipio de París hizo construir, en el emplazamiento de un jardincillo que dependía del Hôtel de Ville, una sala de baile para la fiesta dada al duque de Angulema cuando volvió de España. La parte más ancha de la calle del Tourniquet se encontraba en su desembocadura en la calle de la Tixerandie, por donde no tenía más que cinco pies de anchura. Por esto, en tiempo de lluvias, las aguas negruzcas bañaban rápidamente el zócalo de las viejas casas que bordeaban esta calle, arrastrando las basuras depositadas por cada familia en el rincón de los guardacantones. Como los volquetes no podían pasar por allí, sus habitantes contaban con los aguaceros para limpiar su calle siempre encenagada; ¿y cómo iba a estar limpia? Cuando en el estío el sol lanzaba sus rayos a plomo sobre París, una lámina de oro, tan cortante como la hoja de un sable, iluminaba momentáneamente las tinieblas de aquella calle sin po-

der secar la humedad permanente que imperaba desde la planta baja hasta el primer piso de sus casas negras y silenciosas. Los habitantes, que en el mes de junio encendían sus lámparas a las cinco de la tarde, no las apagaban jamás en invierno. Todavía hoy, si algún arrojado peatón quiere ir desde Marais⁵ hasta los muelles, tomando, al final de la calle del Chaume, las calles del Homme-Armé, de Billettes y de Deux-Portes que llevan a la del Tourniquet-Saint-Jean, creará haber marchado por subterráneos. Casi todas las calles del antiguo París, de las que las crónicas han elogiado tanto su esplendor, se asemejaban a este dédalo húmedo y sombrío en el que los arqueólogos pueden admirar todavía algunas particularidades históricas. Así, cuando aún subsistía la casa que ocupaba la esquina formada por las calles del Tourniquet y de la Tixanderie, los observadores podían advertir en ella los vestigios de dos gruesos anillos de hierro empotrados en el muro, resto de las cadenas que el alcaide, hacía tiempo atrás, había tendido todas las noches para la seguridad pública. Esta casa, notable por su antigüedad, había sido construida con precauciones que demuestran la insalubridad de estas antiguas moradas, ya que para sanear la planta baja habían elevado las bóvedas de la cueva a dos pies aproximadamente por encima del suelo, lo que obligaba a subir tres escalones para entrar en la casa. El dintel de la puerta excusada describía un medio punto, la clave de cuyo arco estaba adornada con una cabeza de mujer y arabescos corroídos por la acción del tiempo. Tres ventanas, cuyos alféizares se encontraban a la altura de un hombre, pertenecían a un pequeño departamento situado en la parte de la planta baja que daba a la calle del Tourniquet, de la que re-

5. N. del T. Marais: nombre de un barrio de París, llamado así a causa de los pantanos (*marais*) de que, todavía a finales del siglo XVI, se componía aquella región.

cibía su luz. Estas ventanas deterioradas estaban defendidas por gruesos barrotes de hierro muy separados y que acababan por un saledizo redondo semejante al que tiene, en uno de sus extremos, el gancho que utilizan los panaderos. Si durante el día algún viandante curioso lanzaba sus miradas a las dos habitaciones de que se componía dicho departamento, le era imposible ver nada allí, pues para descubrir en la segunda habitación dos lechos de sarga verde reunidos bajo el maderamen de una antigua alcoba, se necesitaba el sol del mes de julio; pero por la tarde, hacia las tres, una vez encendida la vela de sebo, podía distinguirse, a través de la ventana de la primera pieza, a una vieja sentada en un escal, en el rincón de una chimenea, en la que atizaba un brasero sobre el cual cocía lentamente uno de esos guisados parecidos a los que saben hacer las porterías. Algunos raros utensilios de cocina o domésticos, colgados en el fondo de la habitación, se dibujaban en el claroscuro.

A aquella hora, una vieja mesa, colocada sobre una X, y desprovista de mantelería, sostenía algunos cubiertos de estaño y el plato cocinado por la vieja. Tres sillas ruines amueblaban esta pieza, que servía a la vez de cocina y de comedor. Sobre la chimenea se apoyaba un gran cacharro blanco todo desportillado. El piso de la habitación, los utensilios y la chimenea, todo agradaba sin embargo por el espíritu de orden y de economía que se respiraba en aquel asilo sombrío y frío. El rostro pálido y arrugado de la anciana estaba en armonía con la oscuridad de la calle y el moho de la casa. Al verla reposando, en su silla, se podría decir que estaba unida a esta casa como el caracol lo está a su concha oscura; su rostro, en el que se descubría no sé qué vaga expresión de malicia a través de una bonachonería afectada, estaba coronado por un gorro de tul redondo y aplastado, que ocultaba bastante mal unos cabellos blancos. Sus grandes ojos grises estaban tan tranquilos como la calle, y las arru-

gas numerosas de su rostro podían compararse a las grietas de los muros. Nacida en la miseria, o caída de un esplendor pasado, parecía resignada desde hacía tiempo a su triste existencia. Desde la salida del sol hasta la noche, excepto los momentos en que preparaba las comidas o en que cargada con una cesta se ausentaba para ir a buscar las provisiones, la anciana permanecía en la otra habitación ante la última ventana, frente a una muchacha. A cualquier hora del día los transeúntes distinguían a aquella joven obrera, sentada en un viejo sillón de terciopelo rojo, con el cuello inclinado sobre un bastidor, trabajando arduamente. Su madre tenía una almohadilla verde de hacer encaje sobre sus rodillas y se dedicaba a hacer tul, pero sus dedos movían penosamente los bolillos, y su vista estaba debilitada, pues su nariz sexagenaria servía de apoyo a unas de esas lentes antiguas que se sostienen sobre la punta de la nariz, comprimiéndola con fuerza. Cuando llegaba la noche, aquellas dos laboriosas criaturas colocaban entre ellas una lámpara cuya luz, pasando a través de dos globos de vidrio llenos de agua, arrojaba sobre su labor un fuerte resplandor que permitía a la una ver los hilos más sutiles que iban saliendo de las bobinas de su almohadilla, y a la otra los dibujos más delicados trazados sobre el tejido que estaba bordando. La curvatura de los barrotes había permitido a la joven colocar sobre el alféizar de la ventana un ancho cajón de madera lleno de tierra, en el que crecían guisantes de olor, capuchinas, una pequeña madreselva enclenque y correhuelas cuyos débiles tallos trepaban en torno a los barrotes. Aquellas plantas casi ahiladas producían flores pálidas, una pincelada más que teñía con un no sé qué de triste y de suave el cuadro presentado por la ventana, cuyo bastidor era un marco apropiado para aquellos dos rostros. A la vista ocasional del interior, el transeúnte más egoísta se llevaba consigo una imagen completa de la vida que soporta en París la clase obrera, ya que

la bordadora no parecía vivir más que de su aguja. Muchos no llegaban a dos pasos sin haberse preguntado cómo podía conservar una joven sus colores viviendo en semejante cueva. Un estudiante que pasaba por allí para ir al barrio latino deploraba con su viva imaginación aquella vida oscura y vegetativa parecida a la de la hiedra que tapiza los fríos muros, o a la de esos campesinos consagrados al trabajo, y que nacen, laboran y mueren ignorados por el mundo al que han alimentado. Un rentista se decía después de haber examinado la casa con un ojo de propietario: «¿Qué será de estas dos mujeres si los bordados llegan a pasar de moda?». Entre las gentes a las que dan empleo en el Ayuntamiento o en los Tribunales obligaba a pasar por esta calle a horas fijas, fuese para ir a sus asuntos, o para volver a sus barrios respectivos, quizá se encontrase algún corazón caritativo. Quizá un viudo o un Adonis de cuarenta años, a fuerza de sondear los repliegues de aquella vida desdichada, contaba con la miseria de la madre y de la hija para poseer por poco precio a la inocente obrera cuyas manos ágiles y regordetas, el cuello lozano y la piel blanca, atractivos que se debían sin duda a la permanencia en aquella calle sin sol, excitaban su admiración. Quizá también algún honrado empleado con mil doscientos francos de sueldo, testigo diario del ardor que aquella joven ponía en el trabajo, y apreciador de sus costumbres puras, esperaba el ascenso para unir una vida oscura a una vida oscura, una labor porfiada a otra, pero aportando al menos un brazo de hombre para sostener aquella existencia, y un amor apacible, descolorido como las flores de su ventana. Vagas esperanzas animaban los ojos velados y grises de la anciana madre. Por la mañana, después del más modesto de todos los almuerzos, venía a coger su almohadilla más bien por rutina que por obligación, ya que dejaba descansar sus anteojos sobre un pequeño costurero de madera enrojecida, tan viejo como ella, y

pasaba revista, desde las ocho y media a las diez aproximadamente, a las personas que acostumbraban atravesar la calle; recibía sus miradas, hacía observaciones sobre sus andares, sobre su manera de vestir y sobre sus fisonomías, y parecía estarles ofreciendo en venta a su hija, pues tal era el empeño de sus ojos parleros para establecer entre ellos una atracción de simpatías, con un tejemaneje digno de los bastidores. Se adivinaba fácilmente que aquella revista constituía para ella un espectáculo y acaso su única distracción. La hija levantaba rara vez la cabeza; el pudor, o quizá el sentimiento penoso de su miseria, parecía retener su rostro sujeto a la labor. Por esta razón, cuando ella mostraba a los transeúntes su triste semblante, había tenido su madre que lanzar alguna exclamación de sorpresa. El empleado vestido con una levita nueva, o el transeúnte habitual que se exhibía con una mujer del brazo, podían ver entonces la nariz ligeramente arremangada de la obrera, su boquita sonrosada y sus ojos grises chispeantes de vida, a pesar de sus fatigas agobiadoras. Sus laboriosos insomnios apenas si se dejaban traslucir por un semicírculo más o menos blanco dibujado bajo cada uno de sus ojos, sobre la piel fresca de sus pómulos. La pobre niña parecía haber nacido para el amor y la alegría, para el amor que había dibujado por encima de sus párpados de vértices oblicuos dos arcos perfectos, y que le había hecho el presente de un bosque tan tupido de cabellos castaños que hubiera podido resguardarse bajo su cabellera como bajo un pabellón impenetrable a la mirada de un amante; para la alegría que hacía vibrar las movibles ventanas de su nariz, que formaba dos hoyuelos en sus mejillas lozanas y que tan rápidamente le hacía olvidar sus penas; para la alegría, esa flor de la esperanza, que le daba fuerzas para contemplar sin estremecerse el árido camino de su vida. La cabeza de la joven estaba siempre cuidadosamente peinada. Siguiendo la costumbre de las obreras de París, su

toilette le parecía terminada una vez que había alisado sus cabellos y ahuecado en dos arcos los manojitos que juguetaban a cada lado de sus sienes destacándose sobre la blancura de su tez. El nacimiento de su pelo tenía tanta gracia, y el trazado de su barbilla destacándose sobre su cuello daba una idea tan encantadora de su juventud y de sus atractivos, que al verla el observador, inclinada sobre su trabajo, sin que el ruido le hiciese levantar la cabeza, tenía que acusarla de coquetería. Promesas tan seductoras excitaban la curiosidad de más de un joven, que volvía en vano la cabeza con la esperanza de ver aquel rostro recatado.

—Tenemos un habitual más, Caroline, y ninguno de los antiguos puede comparársele.

Estas palabras, pronunciadas en voz baja por la madre, una mañana del mes de agosto de 1815, habían vencido la indiferencia de la joven obrera, que miró en vano a la calle: el desconocido se encontraba ya lejos,

—¿Por dónde ha volado? —preguntó ella.

—Volverá sin duda a las cuatro, yo le veré venir, y te avisaré dándote con el pie. Estoy segura de que pasará de nuevo; hace ya tres días que toma por nuestra calle, pero es irregular en sus horas: el primer día llegó a las seis, anteayer a las cuatro y ayer a las tres. Recuerdo haberle visto en otro tiempo de vez en cuando. Es algún empleado de la prefectura que habrá cambiado de casa en el Marais. ¡Mira —añadió, después de haber dirigido una ojeada a la calle—, el señor del traje marrón se ha puesto peluca! ¡Cómo le cambia!

El señor del traje marrón debía de ser el que solía cerrar la procesión cotidiana de los habituales, pues la anciana madre se puso sus anteojos, volvió a tomar su labor lanzando un suspiro y dirigió sobre su hija una mirada tan singular, que al mismo Lavater le hubiera sido difícil analizarla. En ella, la admiración, el reconocimiento, y una especie de esperanza en un porvenir mejor, se mezclaban al orgu-

llo de poseer una hija tan bonita. Por la tarde, hacia las cuatro, la anciana dio con el pie a Caroline, que levantó la nariz lo bastante a tiempo para ver al nuevo actor, cuyo paso periódico iba a animar la escena. Alto, delgado, pálido y vestido de negro, aquel hombre parecía tener cuarenta años aproximadamente, y en sus andares había algo de solemne; cuando su ojo leonado y penetrante se encontró con la mirada opaca de la vieja, la hizo temblar; ella creyó percibir que aquel hombre sabía leer en el fondo de los corazones. El desconocido se mantenía muy erguido, y el primer contacto con él debía de ser tan glacial como lo era el aire de aquella calle; el color terroso y verdusco de su rostro ¿era el resultado de trabajos excesivos, o bien producido por una naturaleza frágil y enfermiza? Este problema fue resuelto por la anciana madre de veinte maneras diferentes mañana y tarde. Sólo Caroline adivinó desde el primer momento sobre aquel semblante triste las trazas de un largo sufrimiento espiritual: aquella frente en la que con tanta facilidad aparecían las arrugas, y las mejillas ligeramente hundidas, conservaban la marca del sello con el que la desgracia señala a sus vasallos, como para dejarles el consuelo de poderse reconocer con una mirada fraterna y de unirse en su lucha contra aquella. Si la mirada de la joven se vio animada desde el primer momento por una curiosidad del todo inocente, fue tomando una dulce expresión de simpatía a medida que el desconocido se alejaba, semejante al último pariente que cierra un cortejo fúnebre.

El calor era en aquel momento tan fuerte, y la distracción del transeúnte tan grande, que no se había vuelto a poner el sombrero para atravesar aquella calle malsana. Caroline pudo notar entonces, durante el momento en que le observó, la apariencia de severidad que sus cabellos peinados en cepillo por encima de su frente espaciosa difundían sobre su rostro. La impresión viva, pero sin encanto, experimen-

tada por Caroline a la vista de aquel hombre, no se parecía a ninguna de las sensaciones que los demás habituales le habían hecho experimentar; por primera vez, su compasión se ejercía sobre una persona que no era ni ella misma ni su madre; no contestó nada a las curiosas conjeturas que proporcionaron un pasto a la irritante locuacidad de su anciana madre, y siguió tirando de su larga aguja por encima y por debajo del tul tenso; lamentaba no haber visto lo suficiente al desconocido y esperó al día siguiente para dar sobre él un juicio definitivo. Por primera vez también uno de los habituales de la calle le sugería tantas reflexiones. Corrientemente, se limitaba a contestar con una sonrisa triste las hipótesis de su madre, que quería ver en cada transeúnte un protector para su hija. Si semejantes ideas, imprudentemente presentadas por aquella madre a su hija, no despertaban nunca malos pensamientos, había que atribuir la indiferencia de Caroline a aquel trabajo porfiado, desgraciadamente necesario, que consumía las fuerzas de su preciosa juventud, e infaliblemente tenía que llegar a alterar un día la claridad de sus ojos, o arrebatarse a sus blancas mejillas los tiernos colores que todavía las matizaban. Durante dos largos meses aproximadamente, el nuevo conocido observó una conducta muy caprichosa. No siempre pasaba por la calle del Tourniquet, pues la vieja le veía a menudo por la tarde sin haberle percibido por la mañana; no volvía a horas tan exactas como los demás empleados que servían de reloj a la señora Crochard; en fin, exceptuando el primer encuentro en el que su mirada había inspirado una especie de temor a la anciana madre, jamás sus ojos parecieron fijarse en el cuadro pintoresco que presentaban aquellos dos gnomos hembras. Si se exceptúan dos grandes puertas y la tienda sombría de hierros viejos, no existían en aquella época, en la calle del Tourniquet, más que ventanas enrejadas que alumbraban por ventanillos las escaleras de algunas casas veci-

nas. Por esta razón, la escasa curiosidad del transeúnte no podía justificarse con peligrosas rivalidades, y esto hacía que la señora Crochard se sintiese desazonada al ver a su señor de negro, que tal fue el nombre que le dio, siempre hondamente preocupado, llevar los ojos dirigidos al suelo o mirando hacia delante, como si hubiese querido leer el futuro en la oscuridad del Tourniquet. Sin embargo, una mañana, hacia el final del mes de septiembre, la cabeza de diablillo de Caroline Crochard se destacaba de un modo tan brillante sobre el fondo oscuro de su habitación, y se mostraba tan lozana en medio de las flores tardías y del marchito follaje entrelazado en los barrotes de la ventana; en una palabra, la escena cotidiana presentaba entonces unos contrastes de sombra y de luz, de blanco y de rosa, tan bien combinados con la muselina que servía de marco a la gentil obrera y con los tonos pardos y rojos de los sillones, que el desconocido contempló con mucha atención los efectos de aquel cuadro animado. Cansada de la indiferencia de su señor de negro, la anciana madre, es cierto, había tomado el partido de hacer tal ruidillo con sus bobinas, que el transeúnte triste y preocupado se vio quizá obligado por aquel rumor insólito a mirar hacia la casa. El desconocido cambió tan solo con Caroline una mirada, rápida es verdad, pero por la cual tuvieron sus almas un ligero contacto, y los dos concibieron el presentimiento de que pensarían el uno en el otro. Cuando por la tarde volvió a pasar el desconocido, a las cuatro, Caroline distinguió el ruido de sus pasos sobre el retumbante enlosado, y cuando se examinaron, hubo de una y de otra parte una especie de premeditación: los ojos del transeúnte se animaron con un aire de benevolencia que le hizo sonreír, y Caroline enrojeció: la anciana madre los observó a los dos con gesto satisfecho. A partir de aquella mañana memorable, el señor de negro atravesó dos veces al día la calle del Tourniquet, con escasas excepciones que las dos

mujeres supieron señalar; supusieron ellas, por la irregularidad de sus horas de volver, que no se veía libre ni tan pronto, ni con tan estricta exactitud como un empleado subalterno. Durante los tres primeros meses del invierno, dos veces cada día, Caroline y el transeúnte se vieron de este modo durante el tiempo que él tardaba en franquear el trozo de calle ocupado por la puerta y por las tres ventanas de la casa. De día en día aquella rápida entrevista adquirió un carácter de intimidad benévola que acabó por tener algo de fraternal. Caroline y el desconocido parecieron comprenderse desde el primer momento; luego, a fuerza de examinar uno y otro sus rostros respectivos, llegaron a tener de ellos un conocimiento profundo. Muy pronto, fue como una visita que el transeúnte hiciese a Caroline; si, por ventura, su señor de negro pasaba sin traerle la sonrisa dibujada a medias por su boca elocuente o la mirada amistosa de sus ojos oscuros, sentía faltarle algo: su día no era completo. Ella se parecía a esos viejos para los cuales la lectura de su periódico ha llegado a constituir un placer tal que, al día siguiente de una fiesta solemne, van pidiendo completamente desconcertados, y tanto por descuido como por impacencias, la hoja que les ayuda a engañar durante un momento el vacío de su vida. Pero aquellas fugitivas apariciones presentaban, lo mismo para el desconocido que para Caroline, el interés de una charla familiar entre dos amigos. La joven no podía esconder a la mirada inteligente de su silencioso amigo una tristeza, una inquietud, un malestar, así como este no podía esconderle a Caroline una preocupación. «¡Ayer tuvo una pena!» era un pensamiento que nacía a menudo en el corazón de la obrera cuando contemplaba el semblante alterado del señor de negro. «¡Oh! ¡Ha trabajado mucho!» era una exclamación originada por otros matices que Caroline sabía distinguir. El desconocido adivinaba también que la joven había pasado su domingo terminando

el vestido por cuyo dibujo él se había interesado; veía, al aproximarse las fechas del pago del alquiler, aquella linda cara entristecida por la inquietud, y adivinaba cuando había velado Caroline; pero sobre todo había llegado a notar de qué modo se habían disipado gradualmente, a medida que su conocimiento había ido contando días, los pensamientos tristes que marchitaban los rasgos alegres y delicados de aquella juvenil cabeza. Cuando el invierno vino a secar los tallos, las flores y las hojas del jardín parisiense que adornaba la ventana, y cuando esta misma se cerró, el desconocido no pudo ver sino una sonrisa suavemente maliciosa, el extraordinario resplandor del cristal de la ventana que se encontraba a la altura de la cabeza de Caroline. La mezquinidad del fuego y algunas trazas de barrillos rojizos que manchaban el rostro de las dos mujeres le avisaban de la indigencia del pequeño hogar; pero si en sus ojos se pintaba entonces alguna dolorida compasión, Caroline le oponía una expresión de contento orgullosa. Mientras tanto, los sentimientos que habían brotado en el fondo de sus corazones permanecían sepultados en ellos, sin que ningún suceso les hubiera revelado a uno y otro su fuerza y su profundidad; ni siquiera conocían el timbre de sus voces. Aquellos dos amigos mudos se guardaban, como de una desgracia, de ligarse por una relación más íntima. Cada uno de ellos parecía sentir el temor de llevarle al otro un infortunio más agobiante que el que quería compartir. ¿Era el pudor de la amistad el que los retenía? ¿Era el recelo del egoísmo, o la atroz desconfianza que separa a todos los habitantes reunidos dentro del recinto de una ciudad grande? ¿Les avisaba la voz secreta de su conciencia de un peligro cercano? Sería imposible explicar el sentimiento que les hacía tan enemigos como amigos, tan indiferentes el uno por el otro como adeptos se eran, tan unidos por el instinto como separados por la actitud. Acaso quería cada uno de ellos conservar sus ilusiones.